

GACETA MEDICA DE MEXICO

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Registrado como artículo de 2a. clase, con fecha 23 de junio de 1934

Tomo LXV

Febrero de 1934

Número 2

EL DIA DE LA MEDICINA AMERICANA

Por el Dr. Alfonso Pruneda,

Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina de México. (1)

En el año de 1932, un joven médico cubano, el Dr. Horacio Abascal, hizo la siguiente iniciativa: "Si la América fijara un día para recordar la grandeza de su medicina, para festejar la gloria de sus descubrimientos científicos, ese día debería ser, sin duda alguna, el 3 de diciembre". Y se fijaba en esta fecha, para que por primera vez en el presente año y posteriormente en el mismo día de todos los demás, se hiciera esta conmemoración, porque el 3 de diciembre de 1833 nació en Camagüey, Cuba, el muy ilustre doctor Carlos J. Finlay, cuya nobilísima figura acaba de evocarse elocuentemente, al celebrar esta Academia el día de hoy el primer centenario del nacimiento de sabio tan eminente.

De esta manera, año por año, van a estar unidas en el recuerdo la figura de Finlay y la de todos los sabios que en el continente americano han trabajado por el bienestar de la humanidad. Y por eso, hoy, después de haber rendido al glorioso iniciador de la lucha científica contra la fiebre amarilla, el homenaje que la Academia ha querido rendirle muy justamente, me toca en suerte contribuir a celebrar, conforme a la feliz iniciativa del doctor Abascal, el "Día de la Medicina Americana".

Imposible sería, en una breve disertación como tiene que ser ésta, agotar el tema; tampoco habría lugar ni tiempo para ponernos de acuerdo en lo que debe entenderse por medicina americana; pero si nos concretamos a evocar, en algunos de los hechos fundamentales, lo que nuestra América ha realizado en el fecundo terreno de la medicina, entonces la tarea se simplifica. Quizás no fué otro el generoso pensamiento que dió origen a esta conmemoración anual: recordar y cele-

(1) Leído en la sesión especial, celebrada por la Academia para conmemorar el Centenario del Dr. Carlos J. Finlay.

brar los progresos que el nobilísimo arte de prevenir y de curar las enfermedades ha hecho y va haciendo en nuestro continente.

Desde luego, cabe hacer notar que su papel en la cultura médica ha sido siempre importante. Alberga en su vasta extensión las dos instituciones más antiguas de América, las Universidades de México y de Lima, en las que, a pesar de las deficiencias propias de la época, la medicina era enseñada y cultivada, con ahinco y provecho. Ya mucho antes de la fundación de esas ilustres casas de estudios, se trataban también las cuestiones médicas en los beneméritos colegios para indios, fundados por los frailes que acompañaban a los conquistadores; y los que conocen la historia de nuestros aborígenes saben muy bien que éstos también tenían no pocos conocimientos sobre las enfermedades y su modo de curar.

Estamos celebrando todavía la reorganización total de la enseñanza médica que se llevó a cabo en 1833, merced a la fundación del Establecimiento de Ciencias Médicas, antepasado glorioso de nuestra actual Facultad; pero no podemos dejar de reconocer que la antigua Universidad Real y Pontificia de México, dentro de su peculiar organización, produjo grandes figuras en la medicina, como lo atestiguan los estudios de nuestro erudito colega el doctor don Nicolás León; entre ellas, la del primer graduado en esa ciencia, el doctor Pedro López, filántropo insigne, protector decidido de las mujeres y de los niños desamparados, para quien pido, en este momento, un silencioso homenaje de la Academia, como lo merece también el ilustre Bartolache, fundador del primer periódico médico mexicano y seguramente de América.

Sin insistir en la trascendencia del descubrimiento de la quina, con que nuestro continente contribuyó de modo tan eficaz al enriquecimiento de la terapéutica y, por lo mismo, a la lucha contra una de las enfermedades más nocivas, el paludismo; sí debe recordarse que en América se han realizado trabajos higiénicos de verdadera importancia y trascendencia, que han contribuido a que los trópicos se abran a la actividad humana. La campaña contra la fiebre amarilla, cuyos fundamentos científicos se deben a Finlay, puede servir de modelo a todas las campañas sanitarias y a todas las obras de cooperación médica internacional. Ninguna se ha hecho con más recursos ni con más ciencia. Finlay, Reed, Lazear, Carroll, Agramonte, Guiteras y tantos otros en Cuba; Gorgas en Panamá; Oswaldo Cruz en Brasil; Licéaga y sus colaboradores (entre ellos el Dr. Iglesias aquí presente) en México; los médicos de la División de Salubridad Pública de la Fundación Rockefeller, cuya colaboración fue tan preciosa para nuestro país y lo sigue

siendo para otras naciones; todos esos ilustres facultativos, nacidos en nuestra América, contribuyeron, algunos aun con el sacrificio de su vida, a la extinción de la terrible enfermedad en algunos países y dieron pauta para que se siga la lucha contra ella en otros.

Nuestro continente ha tenido la desgracia de albergar endémicamente, en algunas de sus regiones, al temido tifo exantemático, al llamado entre nosotros tabardillo; los estragos que ha causado han sido grandes desde tiempos muy remotos; pero también ha servido muy eficazmente para que los médicos de América realicen estudios importantísimos que están contribuyendo al conocimiento exacto de la etiología, de la profilaxis y del tratamiento de esa dolencia. Entre ellos, debemos recordar a los doctores Angel Gaviño, Ignacio Prieto y José Girard, que fueron de los primeros en vislumbrar la existencia de los microorganismos causantes del padecimiento; al malogrado investigador Howard Taylor Ricketts, cuyo nombre llevan esos parásitos, que perdió la vida en esta capital víctima de una inoculación de laboratorio, y a los médicos estadounidenses Wolbach, Anderson y Goldberg, que realizaron estudios de importancia en nuestro país. En esta enumeración deben ocupar lugar prominente nuestro joven colega Maximiliano Ruiz Castañeda, cuyos trabajos sobre la vacunación y el tratamiento seroterápico del tifo, realizados en unión del célebre doctor Zinzer, han tenido merecida resonancia, y nuestro eminente coacadémico el doctor Hermann Mooser, cuyos estudios sobre el virus tífico, llevados a cabo en colaboración con el doctor Gerardo Varela, han servido tanto para establecer las relaciones entre la enfermedad europea y la americana.

Por las condiciones biológicas de algunas otras regiones de América, tenemos también el triste privilegio de que en ella existan otros padecimientos, que parecen hasta ahora exclusivos de nuestro continente: la oncocercosis y la verruga peruana. La primera está siendo estudiada por investigadores mexicanos y guatemaltecos de nota, y no es dudoso que pronto se encontrarán las bases científicas para acabar con ese grave azote. En ocasión de la verruga peruana, debemos rendir homenaje a la memoria de otro mártir de la medicina americana, el doctor Carrión, que habiendo contraído la enfermedad en el curso de sus investigaciones, tuvo la admirable serenidad y la estoica resignación de ir anotando su propia observación, mereciendo, en justa recompensa a su desinteresado sacrificio, que aquella se denomine ahora "enfermedad de Carrión".

Esas investigaciones y otras de gran importancia para el progreso

médico de nuestro continente y del mundo entero, han sido posibles, entre otras razones, por la obra que han realizado diversas instituciones científicas, cuyo renombre es, para algunas de ellas, universal. A la cabeza, debe citarse el Instituto Rockefeller, notable no sólo por la calidad de los estudios que emprende y el valer de los sabios que en él trabajan, sino porque forma parte de la célebre Fundación Rockefeller, debida a la munificencia del conocido millonario de este nombre, que ha gastado de 1913 a 1932 la fantástica suma de 48.440,200 dólares, en combatir epidemias y endemias, en hacer investigaciones médicas e higiénicas de gran importancia, en fomentar el progreso de la enseñanza de la medicina, en estimular por medio de becas la formación de especialistas en salubridad y en otras muchas actividades tendientes a acrecentar el bienestar de la humanidad; sin que, en esa filantrópica labor, se hagan distinguos de razas o de fronteras, beneficiándose con ella lo mismo la orgullosa Inglaterra que el modesto Puerto Rico, y de la cual nuestro país ha sido participante con motivo de las campañas contra la fiebre amarilla y la uncinariasis, la fundación de las unidades sanitarias cooperativas y la concesión de becas a facultativos mexicanos para estudios de salubridad.

Instituciones norteamericanas de gran relieve lo son también el conocido Instituto Phipps, de Filadelfia, cuyos estudios acerca de la tuberculosis son tan reputados; la célebre Clínica de los Hermanos Mayo, de Rochester, cuya contribución al progreso de la cirugía es enorme; las notables escuelas de salubridad de John Hopkins (la primera de su género establecida en el mundo) y de Harvard; los institutos de genética de California y de Washington, y tantas otras instituciones científicas, universitarias o no, que en el dominio de la medicina experimental, de la clínica, de la terapéutica o de la medicina preventiva, explican el lugar prominente que ocupa nuestro poderoso vecino del Norte y los singulares progresos que ha realizado en materia sanitaria.

La América Latina también posee laboratorios de primer orden. Entre ellos recordaré en estos momentos el célebre Instituto "Oswaldo Cruz" del Brasil, cuya labor en medicina tropical es de justa notoriedad, y el no menos importante Instituto de Butantán, famoso en el mundo por sus trabajos sobre la terapéutica antiofídica. En la República Argentina existe el Instituto del Cáncer, que dirige el notable doctor Roffo, y cuyas publicaciones, admirablemente editadas, dan a conocer las valiosas investigaciones que ahí se realizan. En Panamá, labora también con éxito el Instituto que lleva el nombre del gran médico estadounidense Gorgas, que, con su asombrosa energía y su fecundo acierto,

pudo sanear completamente una de las más insalubres regiones del planeta y, de este modo, hacer posible la comunicación de los dos océanos americanos. También en Cuba, patria de Finlay, está abierto a los investigadores el flamante instituto que lleva el nombre del sabio cuyo centenario estamos celebrando, y cuya labor será con el tiempo, más y más valiosa; sobre todo, si como es de desearse y me fue dable proponer en la Séptima Conferencia Sanitaria Panamericana reunida en La Habana en 1924, acuden a él médicos de los diversos países hispano-americanos, que pensionen sus respectivos gobiernos, para hacer estudios de medicina tropical.

Nuestro país ha contado y cuenta con instituciones médicas en que se ha hecho y sigue haciendo labor científica de ninguna manera despreciable. Con frecuencia nos hacemos el cargo de que en México no se hace ciencia, que la investigación científica es casi nula entre nosotros, que los sabios mexicanos no existen. Sin embargo, otra es la verdad. Aunque sea modestamente, porque nuestro país es joven y siempre ha estado escaso de recursos, no han faltado en él quienes se dediquen desinteresadamente al trabajo científico, ni hemos carecido de instituciones dedicadas a la investigación, que han realizado una labor muy digna de tenerse en cuenta. Entre ellas, han ocupado lugar preferente las de orden médico; pero, por desgracia, algunas han sido víctimas, ya no de la indiferencia, sino, lo que es peor, del rencor de quienes, por motivos meramente personales, hicieron blanco de sus ira establecimientos muy respetables. En todas partes se registran hechos semejantes; pero cuando se cometen en un país, como el nuestro, pobre en esa clase de instituciones, el cierre de éstas, además de ser un atentado de lesa cultura, se convierte en un atentado de lesa patriotismo. Así desapareció el Instituto Médico que, si tuvo defectos como los tienen todas las creaciones humanas, que podrían haberse corregido perfectamente, realizó labor muy importante con el estudio científico de la flora médica nacional, muy apreciado no sólo por nuestros facultativos sino por los del extranjero. La supresión de ese establecimiento es más sensible porque (por lo menos que yo sepa), no se han reanudado esas investigaciones, siendo que en otros países, como en Francia, se está dando mucha importancia en la actualidad al estudio y al uso científicos de las plantas medicinales. Por el mismo lamentable procedimiento se dió fin al Instituto Patológico Nacional, en el que, primero bajo la dirección del doctor Lavista y después bajo la muy competente del doctor don Manuel Toussaint, se hicieron por este ilustre médico y por sus colegas Bulman, Prieto, Zubieta, Ulrich y

otros, estudios de verdadera importancia (anatómicos, químicos, experimentales, etc.), acerca de la patología nacional. Todavía se buscan y consultan las valiosas colecciones del Boletín de ese Instituto, que ocupó un lugar prominente en nuestra literatura médica.

La sección de bacteriología del Instituto Patológico, transformada, merced a las gestiones del doctor Angel Gaviño, en Instituto Bacteriológico Nacional, prestó al país en su nueva organización servicios muy valiosos, no sólo desde el punto de vista de la investigación, sino especialmente por haberse iniciado en él la fabricación de sueros y vacunas. Para darle aún mayor alcance, el instituto de que se trata fué transformado más tarde, durante la gestión del doctor Malda y del suscrito en el Departamento de Salubridad, en el actual Instituto de Higiene, cuya intensa y eficaz labor es justamente reputada. Completa el núcleo de instituciones médicas mexicanas, unas desaparecidas pero de ilustre recordación y otras que todavía viven para prestigio de nuestro país, el Instituto de Biología, que forma parte de nuestra Universidad, en el que, aun cuando se llevan a cabo trabajos de investigación muy meritorios, convendría quizás introducir otros de mayor trascendencia en el campo de la biología humana.

Si como ha podido verse, por esta rápida e incompleta enumeración, nuestro continente puede enorgullecerse de haber contribuido y de seguir contribuyendo al progreso de la medicina del mundo, por medio de sus instituciones científicas, también tenemos que sentirnos complacidos del valer de la contribución individual de los médicos de nuestra América. Principiando por Cuba, ya que estamos celebrando el Centenario de su muy ilustre hijo, el doctor Carlos J. Finlay, podría mencionar de nuevo a los médicos eminentes que nos dió a conocer el señor Embajador Massip en su hermoso discurso de antes de anoche (1); pero solamente deseo recordar ahora, además de la gran figura del insigne iniciador de la teoría de la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito y de los métodos científicos para combatir esta enfermedad, los nombres del notable oculista doctor Santos Fernández, miembro distinguido de nuestra Academia, que mucho lo quiso; del doctor Guiteras, colaborador y sucesor de Finlay; del doctor Lebrede, tipo de caballero sin tacha, amigo sincero de México, cuya labor sanitaria fue muy provechosa para su país; del doctor Agramonte, miembro de la Comisión Americana que estudió en La Habana la fiebre amarilla, y del

(1) Discurso pronunciado en la solemne velada conmemorativa que se efectuó el 4 de diciembre en el Auditorium de la Facultad de Medicina y que fué organizada por la Comisión Mexicana del Centenario de Finlay.

infatigable y competente Secretario de Sanidad y Beneficencia, doctor Francisco María Fernández, que paga hoy en el destierro su amistosa lealtad. En el Perú, tenemos a otro miembro distinguido de nuestra Academia, el doctor Escomel, cuyos trabajos sobre la medicina regional son igualmente muy apreciados. Saludemos, en el Uruguay, a una gran figura en pediatría e higiene infantil, el doctor Luis Morquío, iniciador y director del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia, respetado universalmente por sus valiosas contribuciones al progreso de aquellas disciplinas médicas. Resalta en Venezuela la figura del célebre doctor Vargas, que con Espejo, del Ecuador, y el gran Unanue, del Perú, son, según la elocuente frase del doctor Moll, "en Sudamérica, tres lumbreras médicas, verdaderas cumbres de la ciencia americana, que encarnan preeminentemente el espíritu del siglo XIX". También fue venezolano, el recientemente fallecido doctor Luis Razetti, a quien tuve la satisfacción de conocer y tratar en la Conferencia Sanitaria Internacional de la Habana, del mismo tipo de médicos que nuestro doctor Zárraga, que lo mismo se afanan en la investigación que ejercen con gran éxito, como internistas, como cirujanos o como parteros. De Colombia fue el mentado doctor Carrasquilla, de los primeros en ocuparse en la seroterapia de la lepra, aun cuando sus trabajos no tuvieron el éxito que se esperaba de ellos.

En los grandes países sudamericanos, se destacan igualmente figuras médicas de primer orden. En Brasil, la de Oswaldo Cruz, higienista de gran fama, y la del eminente sabio doctor Chagas, cuyas contribuciones científicas le han dado renombre mundial. A la República Argentina debe la criminología los dactilogramas de Vucetich, y de ese país singular son sabios de la talla de Escudero, Chutro y Cástex; pioneros de la medicina social como el doctor Gregorio Araoz Alfaro, y médicos, filósofos y hombres de letras, como el discutido pero inolvidable José Ingenieros.

En los Estados Unidos de América, cuyas relaciones científicas y especialmente médicas con nosotros son cada vez más estrechas, existen igualmente médicos insignes, cuya labor ha contribuido muy eficazmente al progreso de nuestra ciencia: internistas, como Osler, Welch, Musser y Pepper; cirujanos, como Kelly, Oschner, los hermanos Mayo y Crile; neurólogos de la talla de Cushing; fisiólogos, como Cannon; sabios de primer orden, como Carrel, que aunque francés de nacimiento, ha desarrollado sus actividades en las instituciones estadounidenses; biólogos eminentes, como Jacques, Loeb, Bateson, Morgan y Davenport; investigadores de los problemas médicos, como Flexner; higienis-

tas, como Rosenau, Russell, Cummings, y tantos otros médicos, que con sus actividades individuales o al servicio de las grandes instituciones de su país, han contribuido o siguen contribuyendo al progreso de la medicina y al bienestar de la humanidad. Al Canadá, que a pesar de sus nexos con Europa queremos llamar también americano, debe el mundo el trascendental descubrimiento de la insulina, al cual habrán de quedar siempre unidos los nombres de los doctores Mac Leod y Banting.

Por último, nuestro México, dentro de la modestia de su actividad, sin que todavía pueda, vanagloriarse de haber producido una figura de resonancia mundial, porque en rigor apenas está comenzando a definir su personalidad, puede ofrecer con orgullo figuras eminentes, algunas de ellas en grado máximo, que en el ejercicio de la profesión médica, en la cátedra, en el laboratorio o en el servicio público, prestaron servicios inapreciables y justamente son considerados como luminares y guías de nuestra Medicina. Durante este año, que ha sido del Centenario de nuestra Facultad, hemos venido recordando las venerables figuras de los egregios fundadores del Establecimiento de Ciencias Médicas y las de los insignes varones que, durante un siglo, han trabajado por el progreso de nuestra muy amada escuela y han contribuido a que nuestro país cuente con médicos bien preparados para ejercer la función social que les corresponde. Ahora, sólo quiero evocar en esta ocasión solemne, el recuerdo de aquellos médicos ilustres cuyas cabezas dan lustre y honor al vestíbulo del flamante auditorium de la Facultad: Luis Montaña, el iniciador de la verdadera enseñanza clínica entre nosotros; Pedro Escobedo, el notable cirujano e intachable profesionista; Miguel F. Jiménez, clínico insigne a quien nuestra Academia está debiendo el supremo homenaje de publicar sus obras meritísimas; Juan María Rodríguez, partero y catedrático de muy justo renombre; José Terrés, clínico, educador y maestro sin par; Eduardo Licéaga, introductor de la higiene moderna en nuestro país.

Al hacer recuerdo, en este "Día de la Medicina Americana", de lo que debemos a esos insignes médicos mexicanos, asociemos en este homenaje a todos los que en nuestra América han trabajado también por el progreso de la ciencia y por el bienestar de la humanidad. Unos y otros merecen, sin duda alguna, que en esta ocasión solemne, nuestra Academia rinda a su memoria el tributo cordial de su admiración y de su respeto.

México, 4 de diciembre de 1933.